

LUIS DEL VAL

LA TRANSICIÓN
PERPETUA

I PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA
SOLAR DE SAMANIEGO

algaida



El jurado del I Premio Internacional de Novela Solar de Samaniego, estuvo presidido por Javier Reverte y compuesto por Ramón Pernas, Espido Freire, Félix G. Modroño y Bieito Rubido, resultando ganadora la novela titulada *La transición perpetua*, de Luis del Val.

Primera edición: octubre, 2015

© Luis del Val, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-339-3

Depósito legal: SE. 1293-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO. Café Comercial	13
CAPÍTULO SEGUNDO. Cafetería Galaxia	33
CAPÍTULO TERCERO. Conversaciones cruzadas . . .	69
CAPÍTULO CUARTO. Encuentros y huidas	95
CAPÍTULO QUINTO. Setas envenenadas	123
CAPÍTULO SEXTO. Soluciones inoportunas	155
CAPÍTULO SÉPTIMO. Poderes independientes	183
CAPÍTULO OCTAVO. En el nombre del padre	217
CAPÍTULO NOVENO. El zambombazo	243
CAPÍTULO DÉCIMO. La última noche	263
CAPÍTULO UNDÉCIMO. Verdades incómodas	301
CAPÍTULO DUODÉCIMO. Mentiras piadosas	329

Para Celia, Zoe y Vega
que fueron las últimas
en llegar.

EL AUTOR

Nec scire fas est omnia.

(Y no nos está
permitido saberlo todo.)

HORACIO, *Odas*, IV, 4, 22.

CAPÍTULO PRIMERO
CAFÉ COMERCIAL

MARIO CIFUENTES HA LLEGADO AL CAFÉ COMERCIAL quince minutos antes de la cita. Nunca se ha considerado un misógino, pero tampoco acaba de confiar en las mujeres, sobre todo en las mujeres jóvenes. Al principio, cuando le pusieron al tanto del asunto, se sintió animado y útil. Le parecía algo así como salir inopinadamente de la reserva y reincorporarse al servicio activo, casi una suerte de segunda juventud. Pero cuando se ha bajado del taxi y ha notado cómo sus huesos se fatigaban al alzarse del asiento, ha vuelto a darse cuenta de cómo pesan setenta y seis años; y mientras oteaba una mesa que estuviera en un lugar discreto, alejada de los ventanales, ha sentido esa punzada de arrepentimiento que, desde que se comprometió a colaborar en la investigación, estallaba de vez en cuando en algún rincón de su cerebro.

El Café Comercial de Madrid conserva casi un siglo y medio entre sus paredes. Pertenecen a esos establecimientos que parecen centinelas de la ciudad, vigilantes

de su evolución, como si desde sus desgastadas marquesinas o desde los ojos de sus cristales y escaparates estuvieran observando la transición perpetua de la villa, impasibles a cualquier suceso, ya sea un pronunciamiento militar, una guerra civil o un atentado con casi doscientos cadáveres.

Mario Cifuentes siente envidia del ente abstracto del café y de su permanencia concreta en el espacio y en el tiempo. De la evidencia de su prolongada existencia sobre la suya, porque aquí entró de la mano de su padre, un lejano día de 1949, recién cumplidos los diez años, y ahora nota su tránsito a la vejez, su transformación, mientras el café casi parece el mismo.

Alguien le comentó una vez que durante esas cuatro generaciones el Café Comercial siempre había pertenecido a la misma familia, y Mario se pregunta si será cierto: es decir, si el Café ha sido propiedad durante más de un siglo de la misma familia, o en realidad es la familia la que pertenece al Café, como esas estirpes sacerdotales a las que en la Antigüedad se les atribuía por nacimiento la servidumbre de un templo. No hace mucho —y a la edad de Mario *no hace mucho* pueden ser más de treinta años— el profesor Enrique Tierno Galván venía aquí a desayunar algunas mañanas, cuando ya era alcalde de Madrid, y se saludaban con un gesto que trataba de emerger entre el bullicio del local.

Un amigo común los había presentado en alguna recepción municipal, pero Mario Cifuentes se abstuvo de murmurar algo así como: «Encantado de conocerlo», porque habría mentido. Conocía muy bien a Enrique Tierno Galván desde que en 1973 le ordenaran vigilar al

entonces líder del Partido Socialista del Interior, que luego se convertiría en Partido Socialista Popular. El PSP preocupó más a sus jefes de entonces que el PSOE. Ambas formaciones políticas eran clandestinas, pero los Estados Unidos veían con mejores ojos el crecimiento de una socialdemocracia amable, financiada en parte por la CIA a través de Willy Brandt y los socialistas alemanes, que aquella mezcla de profesores universitarios, viejos y jóvenes, con obreros recalcitrantes, a los que se añadían algunos alumnos, demasiado fogosos a ojos de la policía franquista.

¡Policía franquista! A Mario sigue sorprendiéndole la palabra, acaso un oxímoron, porque trabajando a las órdenes del primer ministro de Interior, Rodolfo Martín Villa, fue testigo de su transformación en demócratas de la noche a la mañana, incluidos los hasta hacía poco temidos miembros de la Brigada Político Social. Es cierto que unos pocos veteranos, que simpatizaban con la extrema derecha de Fuerza Nueva, se atrincheraron en sus posiciones y no disimularon, al menos en un principio, su desdén por los partidos políticos; pero la mayor parte de ellos se disciplinaron en los nuevos valores: unos pocos quizás por convicción, otros muchos quizás por necesidad, y el resto porque era el signo de los tiempos. En el caso de Mario Cifuentes influyó decididamente el hecho de que muchos de sus amigos, y algunos de sus jefes, eran entusiastas colaboradores de la Unión de Centro Democrático.

—¿Señor Cifuentes?

Hay una chica de unos veintitantos años, o tal vez treinta y pocos —calcular la edad de las mujeres cada día

le resulta más difícil—, delante de él. Una corta melena de color castaño oscura nimba un rostro triangular, donde cree advivinar, tras los cristales de sus gafas, unos destellos verdes en los ojos.

—¿Cintia Soraluze? —pregunta también Mario, sin responder.

—Encantada de conocerle —dice la muchacha, de pie, y Mario se levanta con presteza y le tiende la mano. Más que un ostentoso gesto de cortesía es un ademán defensivo, con objeto de evitar ese besuqueo en las mejillas que detesta, incapaz de acostumbrarse a semejante familiaridad entre personas que acaban de conocerse.

—Siéntese enfrente, por favor. Me gusta ver la cara completa de las personas con las que hablo.

—A mí, también —coincide Cintia, y se sienta con elegante rapidez, sin brusquedades y sin dengues. La armonía de sus movimientos no pasa inadvertida a su interlocutor, que se ha dejado caer despacio sobre la silla, con la inevitable prudencia que muchos calendarios traen consigo.

—Me ha hablado muy bien de usted su catedrático.

Cintia se queda un instante sorprendida y, de manera inocente, replica:

—A mí quien me habló de usted no fue mi catedrático, sino el señor Pérez Manrique, de Ediciones Universales.

Mario se enfada consigo mismo y se recrimina por haber metido la pata en el primer minuto. Intenta arreglarlo sobre la marcha, sin ser demasiado prolijo para no aumentar la sospecha:

—Sí, sí, Pérez Manrique. Pero luego hablé con su catedrático para hacerme una idea aproximada de quién era usted. Tenga en cuenta que llevo retirado bastante tiempo, y he de confesarle que me produce mucha pereza conocer a personas nuevas.

—Siento molestarle...

—No, no. Si no me hubiera apetecido hablar con usted, no habría venido, desde luego. Estoy en una edad en que puedo permitirme el lujo de no disimular. Le ruego que me disculpe si le ha sonado descortés.

A Cintia le agrada la manera de expresarse del hombre y su aspecto aseado y discreto. Tiene una voz de madera, opaca, que invita a escucharle.

—¿Como le gustaría que fuera el procedimiento? —inquiere la joven.

—No entiendo.

—Quiero decir —explica ella con sumo cuidado para evitar suspicacias—, cuál es la manera en que a usted le resultaría más cómodo el trabajo. Podríamos conversar, mano a mano, y yo extraería los datos de la grabación. También podría preparar un cuestionario, y que usted grabara o escribiera las respuestas... O bien, no sé, cualquier otra forma que a usted le agrade más.

Mario Cifuentes observa a su interlocutora y advierte que se muestra cauta y segura. Intenta proyectar una imagen amable, pero evita cualquier tentación de servilismo. A la vez, sopesa la elección, y cree que, siguiendo los objetivos, no se puede prescindir de lo que ella ha definido como un «mano a mano», porque será la única forma, una vez ganada su confianza, de abordar otros aspectos personales:

—Ese «mano a mano» tal vez resulte lo más adecuado para matizar, y también para permitir que usted me pregunte. ¿No le parece?

—Eso es lo que había pensado. Usted es un protagonista y, por tanto, dará algunos aspectos por sabidos, aspectos de los que yo lo ignoraré casi todo.

—No se subestime.

—No me subestimo, simplemente soy realista.

—He de confesarle que leí con mucho interés su tesis doctoral... ¿Cómo se titulaba? ¿*Los servicios de información de Carrero Blanco*?

—*Fuentes irregulares en los servicios de información de Carrero Blanco.*

Asiente con la cabeza.

—Aunque he de confesarle que me salté las tablas. Me marea tanto número. En cualquier caso, un magnífico trabajo.

—Muchas gracias —y aunque sus labios apenas se mueven, la sonrisa es más evidente en sus ojos, que verdeen como si al alegrarse atrapasen la luz para volverse más claros.

Mario Cifuentes siente un pellizco de emoción al recordar otros ojos, tan parecidos, tan gemelos. O acaso ese pellizco es el resultado de intentar enfriar la emoción.

—Antes de que sigamos, me gustaría partir de una absoluta sinceridad. ¿Usted está al corriente de que su padre y yo colaboramos durante algún tiempo?

—¿Quiere decir que se conocían?

—Quiero decir que trabajamos juntos durante un tiempo en el Ministerio de Defensa, en las primeras etapas

del Cesid, precisamente cuando se fue sustituyendo al personal que procedía del Ejército, que por otra parte era la inmensa mayoría, por elementos civiles. Incluso comenzaron a incorporarse unas pocas mujeres, lo que provocó una revolución en aquel androceo, que venía a ser un cuartel con gente vestida de paisano.

El término «androceo» no le pasa inadvertido a Cintia, y le hace pensar que, o bien se encuentra ante un presuntuoso con tendencia a la pedantería, o bien ante una persona culta que no se deja arrastrar por las modas de la campechanía del lenguaje. Pero sin duda lo que más le ha sorprendido es la inesperada aparición de su padre.

—No sé si sabe que murió... —informa ella, casi con miedo de que le vaya a preguntar por la salud del difunto.

—Sí, sí, hace ya varios años. Me enteré. Un accidente de automóvil, creo.

—¿Vino usted al funeral?

Mario Cifuentes toma nota de que la chica es muy aguda, y que le conviene ser prudente con lo que dice:

—No teníamos una amistad íntima. Simplemente, coincidimos en el mismo trabajo. Aparte de eso, creo que mi presencia puede que hubiera alimentado ciertos rumores...

—¿Qué rumores?

—Su padre se sentía un militar y estaba orgulloso de serlo. Fue el general Manuel Gutiérrez Mellado quien le destinó a los servicios de información. Y él obedeció, pero creo que disfrutaba mucho más de unas maniobras o del día a día de la milicia

—O sea, que mi padre se hizo espía.

—Esa es una palabra novelesca —refuta Cifuentes con celeridad—. No le niego que haya algunos destinos que implican labores de espionaje, pero ya sabe que durante la mayor parte del tiempo los servicios de inteligencia se dedican a recolectar información. Mucha gente no se imagina la cantidad de información que está al alcance de cualquiera y que, debidamente recopilada y analizada, proporciona una visión bastante completa de los problemas e incluso de sus posibles soluciones.

—No creo que se trate sólo de una oficina donde la gente se dedique a leer los periódicos y a redactar informes —apunta Cintia escéptica.

—Sí, claro. Y también hay agentes que asisten a congresos internacionales con pasaporte falso. Bueno, en realidad el pasaporte es verdadero porque lo hacemos nosotros... Quiero decir, lo hacen ellos.

—¿Cuánto tiempo lleva usted retirado?

—Creía que íbamos a hablar de la Transición, no de mi humilde persona —se defiende Cifuentes.

—No, lo digo porque al ahuecarse la chaqueta se le ve la funda de la pistola.

Cifuentes se cierra instintivamente la chaqueta, y toma nota de que con esta chica debe tener cuidado y obrar con cautela.

—De la política me retiré hace ya unos diez años. De eso que llama usted con tanta rimbombancia el espionaje, hace mucho más. Llevo la pistola por seguridad. Soy un hombre mayor, pero aún me gusta deambular por zonas no muy seguras y, como duermo poco, trasnocho. Pero es indiferente el horario. Ahí mismo, en la Glorieta de Bil-

bao, a las once de la mañana, atracaron a una mujer que acababa de salir del banco. Bueno, la intentaron atracar, porque saqué la pistola, les dije que era policía y echaron a correr.

—Se ve que está en forma —comenta Cintia.

—Se ve que soy un insensato, pero no puedo contenerme cuando veo un atropello.